

Texto y Fotografías de Gustavo Vela Turcott

-¿Qué pasó, llegaron a -1000?, ¿cómo les fue, armaron el tiro de 101 metros?, ¿alcanzó la cuerda para bajar el último pozo?, ¿cómo les fue con sus recuerdos?-. Fue así como nos recibieron nuestros amigos en el campamento base; con una montaña de preguntas y un rico desayuno. Regresábamos de un viaje de 24 horas dentro de la tierra, habíamos estado instalando la última parte de la cuerda y

tomando algunas fotografías en el Sistema Akemati, una de las nueve cuevas que rebasan hasta ahora los mil metros de profundidad en México. Llevábamos 10 días explorando cuevas en la localidad de Ocotempa, en la Sierra Negra, en el sur del estado de Puebla. Nos habíamos reunido 13 exploradores con los objetivos de pasarla bien con los amigos, explorar un poco en Akemabis (-1015

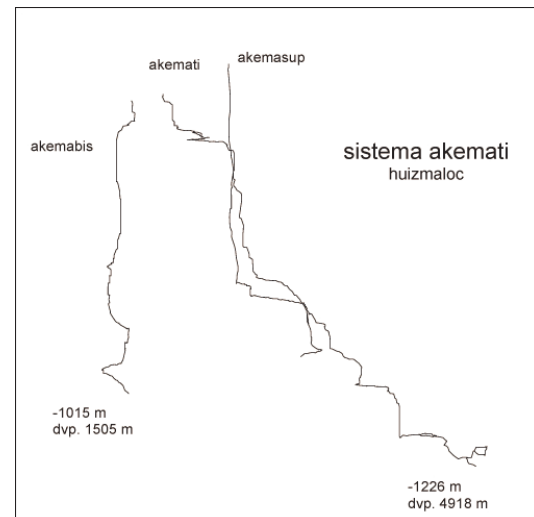
metros de profundidad) y bajar Pozo Verde (-1070 metros de profundidad). De los tres objetivos que teníamos solo cumpliríamos el primero; pasarla bien con los amigos.

Desde 1980 los exploradores Richard Grebeude, Francois Saussus, Georges Feller, entre otras personas del GSAB (Grupo Espeleológico Alpino Belga) han remontado la Sierra Negra para explorar cuevas.

En 1990 una vez más los espeleólogos belgas regresaron a explorar a la zona de Ocotempa. Revisando otras cuevas cercanas a la entrada de Akemati, los exploradores encontraron una muy buena, la topografiaron hasta una profundidad de -840 metros donde se unió a una galería que se les hizo muy familiar, revisaron el pasaje y vieron que se había conectado con Akemati. A la nueva cueva que encontraron le llamaron Akemasup (Akemati superior).

Con esta importante conexión de las dos cuevas, Akemati se convirtió en Sistema y obtuvo 91 metros más de profundidad debido a que la entrada de Akemasup se encuentra más alta con relación a la de Akemati. Actualmente el Sistema Akemati tiene -1226 metros de profundidad y 4918 metros de longitud.

En un día de exploración en 1988, después de haber encontrado una cueva a lado de una vereda, los espeleólogos le preguntaron a la gente que pasaba por ahí que -¿cómo se llamaba ese lugar?-, les contestaron -akemati... akemati-. Así le pusieron a la cueva que empezaron a explorar. Más tarde averiguaron que akemati significaba -no sé- en náhuatl, como les gusto el nombre decidieron dejárselo.



Esta historia de bajar Akemati no estoy seguro cuando empezó, pero creo que fue en 1998 cuando integrantes del Grupo Espeleológico Universitario de la UNAM (el GEU, con el cual participaba en ese momento) queríamos llegar a la sima de Akemati. En ese año sólo llegaríamos a una profundidad de -480 metros debido a que tuvimos muchas dificultades.

Un año mas tarde, en 1999 volvimos con todas nuestras fuerzas para el descenso deportivo. Del grupo de 26 espeleólogos sólo dos lograrían rebasar la profundidad de los 1000 metros (¡gracias al apoyo del resto del grupo!); José Antonio Soriano y Víctor Chávez. Los demás, por distintas razones sólo llegaríamos a -920 metros de profundidad. Después de ese viaje algunos se volvieron mejores espeleólogos, otros no quisieron regresar a las cuevas y en algunos se clavó la espinita de volver un día a conocer el fondo de Akemati.

Fue así como ocho años después regresamos a esta zona. Junto con mis amigos Franco Attolini y Alan Warild organizamos una expedición de 30 días, 13 espeleólogos de 10 clubes y seis nacionalidades, que por cierto los que más predominamos fuimos los mexicanos (cinco).

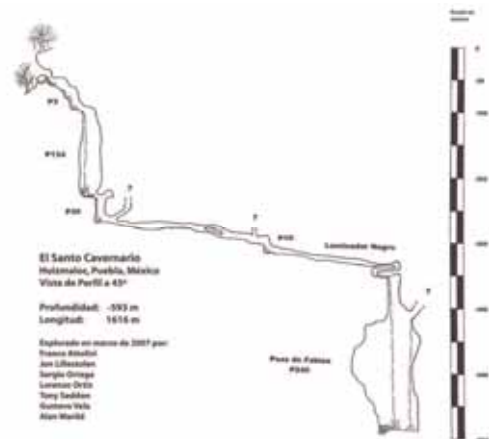


Como siempre, buscábamos explorar cuevas, y en esta ocasión tratábamos de hallar Akemabis. Pasaron los días y no la encontrábamos gracias al denso bosque de niebla que aun queda en algunas partes de la zona, entonces nos enfocamos a la

exploración de otra cavidad que recién encontrábamos, una de -593 metros de profundidad.



Lo malo fue que la exploración se acabó muy pronto y nos estábamos quedamos como quien dice “chiflando en la loma”. Como a lo lejos escuchábamos una cumbia e inspirados, a esta cueva le llamamos “El Santo Cavernario”.



Al no encontrar Akemabis decidimos cambiar nuestro plan, así es que como conocíamos la entrada del Sistema Akemati y el tiempo se agotaba resolvimos bajar esta cueva.

Empezamos con la instalación de la cuerda con viajes relativamente cortos, como de unas 8 horas, con equipos de dos o tres personas y eso sí, la cuerda gruesa hasta arriba y después la delgada hasta abajo.

En el primer ataque a la sima; Lorenzo, Sergio y Tony instalaron la cuerda hasta –250 metros de profundidad, una de las partes más cómodas de la cueva, donde esta el cicloespeleódromo una hermosa galería horizontal de 350 metros de longitud. En el siguiente viaje llegamos a –450 metros, ahí donde la cueva es bastante vertical, con tiros de hasta 80 metros. Un ataque más y se llegó a –600 metros, pasando por una de las partes donde la cueva tiene mucha agua y abundantes cascadas.

Conforme íbamos descendiendo las horas de trabajo se fueron haciendo más y más largas, porque todos los viajes a la cueva los hacíamos desde la superficie hasta la punta de armado y de regreso a la superficie.



En la cuarta incursión a la cueva descendimos hasta el nivel de –600 metros, instalamos 120 metros de cuerda y luego ascendimos a la superficie desde –720 metros de profundidad. Todo esto en ¡17 horas! Esa sección de la cueva puede ser muy seca si se desvía el agua a un ramal fósil, ahí se le conoce como el “aguarapt”.

En el quinto viaje otros dos compañeros armaron hasta –880 metros de profundidad, también en un viaje largo, pasaron por el “chipichipi”, dos afluentes de agua que vienen del techo, que posiblemente vengan de otra cueva y que se conecta en Akemati. A partir de ahí otra vez la cueva vuelve a ser húmeda.

Al preparar la sexta incursión a la cueva todos estábamos muy emocionados porque creíamos que en ése viaje llegaríamos a la profundidad de -1060 metros. Terminamos de alistar todo el quipo y salimos del campamento a la cueva, Lorenzo y yo.

Tardamos cuatro horas en llegar hasta donde habían instalado nuestros compañeros, a la profundidad de -880 metros, de ahí tardamos otras cinco horas armando y fotografiando, hasta llegar a -960 metros. Estuvimos un buen rato en la cabecera del pozo de 101 metros tratando de descenderlo pero no pudimos. Así es que frustrados dimos vuelta y regresamos a la superficie en 10 horas más.



Cuando llegamos a la mañana siguiente al campamento base nuestros compañeros nos hicieron un montón de preguntas; ¿Qué paso, llegaron a -1000?, ¿cómo les fue, armaron el tiro de 101 metros?,

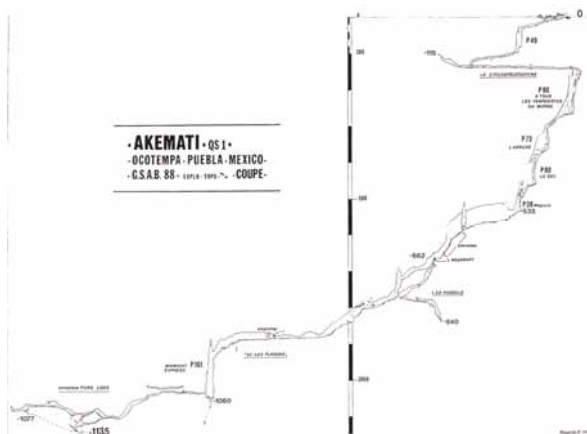
¿alcanzó la cuerda para bajar el último pozo?, ¿cómo les fue con sus recuerdos?. Les contestamos que no, que no habíamos podido terminar de armar el pozo llamado “expreso de media noche”, ese de 101 metros, ese que conducía a la profundidad de -1060 metros. Les contamos que no pudimos encontrar la ruta de descenso, que estuvimos 5 horas en la cabecera del pozo y aunque vimos otras alternativas ninguna nos pareció lo bastante segura y confiable ya que encontrábamos muchas rocas que se desprendían o que rozaban con la cuerda. Cualquiera de las dos podrían ocasionar un accidente. Y que, para nuestra mala suerte el único martillo que teníamos (a una profundidad de -960 metros) se había roto y por consiguiente no teníamos la herramienta para seguir instalando los anclajes para la cuerda. Aparte de que superábamos las 14 horas trabajando y aun nos faltaba el regreso ¡a la superficie!.

También les contamos que cuando Lorenzo y yo recorríamos la cueva fue inevitable que nos abordaran anécdotas, que cada parte de la cueva nos llevaba a algún rincón de nuestros recuerdos, los que habíamos tenido hacía ocho años con nuestros compañeros del GEU, el cicloespeleódromo, el tiro de 90 metros,

el de 73, el de 80, el mágnam 38, el aguarapt, los laminadores donde dormimos a -850, el chipichipi, la sala de la junta a -920 y muchas, muchas cosas más que nos pasaron en 1999.

Pronto se organizó la siguiente cordada, la que terminaría de hacer el armado y llegar al fondo de ese pozo. Ese pozo que ocho años atrás tampoco habíamos bajado 24 personas. Ese “expreso de media noche” que se me había quedado clavado como espinita en el recuerdo y que aún no la había podido sacar.

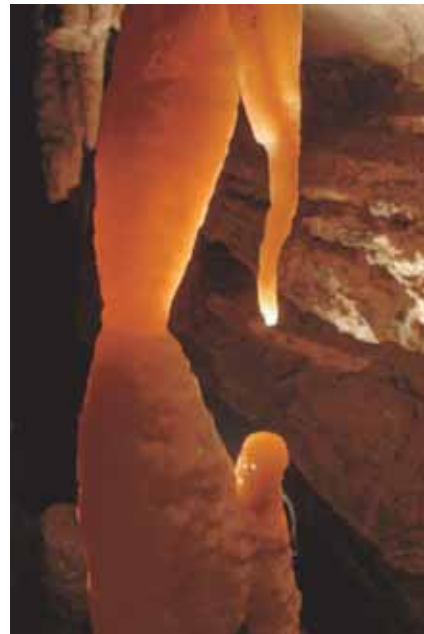
Por la mañana salieron Alan y Jon, con otro martillo, un poco de cuerda y muchas ganas de llegar hasta el fondo. Y así fue, 18 horas después de haber salido regresaron por la madrugada, contentos, cansados, húmedos, y con la sima alcanzada.



Bueno, ahora sólo nos faltaba hacer la sima al resto de los integrantes de la

expedición y sacar ¡¡¡los 1500 metros de cuerda que estaban instalados!!!.

Temprano por la mañana, salimos Lorenzo, Franco, Joaquín, Ángel y yo con rumbo a la sima. Descendimos por la cuerda, caminamos un poco, descendimos más, un paso estrecho, algunos amplios, descendimos y descendimos. ¡Por fin!, cinco horas y media más tarde y ocho años después llegamos a -1060 metros de profundidad. ¡Por fin!, tuvimos el placer de conocer el pozo de 101 metros, caray, ¡qué gusto!



Tomamos unas fotos y empezamos a subir, el tiro de 101 estaba bien fraccionado por lo que se suponía que subiríamos uno tras otro pero el primero que subió tiró una mega piedra, por suerte nadie estaba abajo y no paso nada.

Entonces decidimos que íbamos a esperar y subiríamos hasta que estuviera totalmente libre, es decir subiríamos uno por uno. Así fue, ya casi no se tiraron piedras y no paso nada lo único es que los tiempos de espera se hicieron larguísimos. Al final, los 5 espeleólogos desarmamos hasta -660 donde está el acuarapt, todo esto en 18 horas, desde que entramos hasta que salimos.

A la mañana siguiente se internaron en la cueva Nacho y Yolotzin para continuar con el desarmado, desde -660 hasta -350. Unas horas más tarde salieron un par de compañeros para seguir con la desinstalación, hasta dejarla a -200 metros ese día.



Una incursión más a las profundidades de la tierra para sacar el resto del equipo. La cueva quedó como la encontramos, sin basura, sin huellas, sin luz.

Como en los 7 días que nos quedaban ya no tendríamos tiempo suficiente para

hacer el descenso deportivo de Pozo Verde, volvimos a cambiar los planes.

Días atrás nos habían enseñado una entrada que parecía Akemabis, entonces en la última semana de la expedición la armamos y desarmamos hasta -730 metros de profundidad.

En el 2003 otro club de espeleólogos del D.F. trataron de visitar Akemati, pero por algunos problemas en la zona no pudieron. Ahora en el 2007 con este tercer descenso deportivo en Akemati, pareciera que sé esta volviendo una cueva clásica para visitar.

Con tantas visitas de espeleólogos en la región, una de las preguntas que nunca falta y que siempre nos hacen las personas que viven cerca de las cuevas es; ¿porqué nos metemos a las cuevas? La respuesta no es fácil, como explicarles que por el gusto de encontrar algo nuevo, ya que es innegable la emoción del descubrimiento, de ser el primer humano en entrar en pasajes y salones que durante miles de años han permanecido en total oscuridad, estáticos algunos, otros, soportando la fuerza del agua que cada temporada de lluvias los visita.

Pero también, aunque ya hayan sido visitadas no importa, igualmente nos metemos a las cuevas por el gusto de hacer deporte, por visitarlas, por solo

deleitarnos con sus formas y figuras. Al fin y al cabo lo que queremos es pasar un rato agradable con los amigos.



Líderes de expedición (en orden alfabético)

Franco Attolini
Gustavo Vela
Alan Warild

Participantes

Ángel Barrio
Ruud Brassé
Tjerk Dalhuisen

Joaquín Dobarrio
Jon Lillestolen
Yolotzin Medina
Sergio Ortega
Lorenzo Ortiz
Ignacio de Rafael
Tony Seddon

Todos los integrantes de la expedición agradecen a la comunidad de Ocotempa y a la comunidad de Huizmaloc por brindarnos su ayuda y apoyo y dejarnos hacer la expedición. Un especial agradecimiento a Don Doroteo y su hijo Alfredo y a toda su familia por dejarnos

vivir en el patio de su casa y por compartirnos esas deliciosas tortillas hechas a mano. A Laurencio, por dejarnos estar en sus cuevas. A la tienda de montaña Limite X y a Alta Vertical por su apoyo en parte en el proyecto.